

Urbanización Isuskiza, Abanico de Plentzia
Sábado, 4 de junio de 2005, 08:30

Solo debía seguir al muchacho. Hacía tiempo que no ganaba un buen dinero de manera tan fácil. Además, la posibilidad de verse abocado a tener que matarlo se le antojaba muy improbable. Aunque si dicho extremo se confirmaba, sabía que no tendría escrúpulo alguno. No era la primera vez ni sería la última. Con tantos débiles esclavos de la moral, incapaces de hacer lo mismo que él, la competencia escaseaba y albergaba la certeza de que nunca le faltaría trabajo.

Observaba el lugar exacto en el que el autobús se detendría una media hora más tarde. Nunca le gustaron las sorpresas y prefería organizarse con tiempo de sobra. Ya llevaba quince minutos aparcado y, como siempre, la radio era su mejor compañía en aquellos momentos de espera. Alternaba de forma compulsiva las noticias y los debates con la música; si los tertulianos habituales le hincaban el diente a un tema poco interesante, cambiaba a una de sus cadenas musicales favoritas hasta que sonaba una canción insufrible que le inducía a seleccionar una nueva emisora. Lo que siempre mantenía invariable era el volumen. Bajo. Para no llamar la atención. Su fino oído se lo permitía.

Con la ayuda del retrovisor izquierdo comprobó que una *mujer-vaca*, como llamaba a todas aquellas que no imitaban la forma de un botellín de Coca-Cola, se aproximaba con la lentitud que le imponía su orondo físico. Con la mano derecha asía una larga correa que permitía corretear a un perro insignificante, de pelo ralo y ojos saltones. El contraste entre los dos le arrancó una sonrisa de desprecio. Nunca llegaría a creerse que una birria de raza como aquella también descendiera del lobo, animal con el que siempre se sintió identificado. La mujer se detuvo un momento al llegar a su altura, como si lo necesitara para respirar con esfuerzo, y solo dos cosas le permitieron seguir haciéndolo: que el hombre no vio cómo su ridícula mascota meaba sobre la llanta de la rueda delantera y que nunca mataba a nadie gratis.

Fue entonces cuando reconoció al niño que llegaba cogido de la mano por su madre. Ella debía de rondar la treintena y suponía una verdadera pena que no fuera su objetivo. Por un instante dejó volar su imaginación y sintió una incipiente erección. Se sentía muy orgulloso de lo rápido que podía entrar en acción cuando una mujer le excitaba, pero no era el momento y se concentró en la canción que sonaba en el interior del coche.

Cinco minutos después llegó el autobús. Se paró y ocultó a todos los que lo esperaban, incluidas las dos únicas figuras que atraían su interés. Aprovechó para retirarse la melena de la cara. Al ponerse de nuevo en movimiento pudo contemplar a la madre, sonriente, despidiéndose con ambas manos. Encendió el motor y se dispuso a seguir a su objetivo. Para eso le requirió aquel hombre.

Dos semanas antes había recibido la llamada de uno de sus contactos. Alguien deseaba contratar sus servicios. Le localizó de inmediato. Hablaron por teléfono. Nunca se reunía con nadie. Tampoco daba su nombre. El protocolo lo era todo y nunca improvisaba. Impuso sus condiciones, era muy bueno, no regateaba. Recibió el encargo, fijó el precio, cobró una semana por anticipado y estableció la manera de comunicarse a partir de entonces. Él sabía dónde localizar a su cliente, pero no a la inversa. Con su actitud

más amenazadora, realizó varias advertencias. Percibió respeto en la voz, aunque no sumisión, y cerraron el trato.

Odiaba el rap y en cuanto escuchó las primeras frases pulsó un botón del volante sin apartar la mirada de la carretera. Un entusiasta locutor deportivo narraba cómo el día anterior un desconocido compatriota llamado Rafael Nadal había derrotado al todopoderoso Roger Federer en una de las semifinales del torneo más importante del mundo en tierra batida: Roland Garros.

–¡Bien! –aplaudió al comprobar que su predicción de meses atrás comenzaba a hacerse realidad–. Ese chico llegará lejos. Seguro. –Pensó que ambos tenían la misma mirada de depredadores, cada uno en su campo.

El transporte estaba realizando el mismo recorrido que el sábado anterior, con idénticas paradas que ralentizaban el trayecto. Llevaba diez días vigilando al chaval y había podido comprobar que la rutina de lunes a viernes era la misma. La normal para un niño de unos diez años. Suponía que el fin de semana habría algún cambio con respecto al anterior, pero tendría que ser después de acudir al Colegio Americano y permanecer en él hasta la una de la tarde.

Horas antes, la voz de quien pagaba sus elevados honorarios le proporcionó instrucciones precisas. Debía avisarle en cuanto llegaran a su destino y sobre todo si el chico salía antes de lo habitual por algún motivo. Insistió en lo importante que era esto último, como si dudara de que fuera capaz de hacerlo o de que le estuviera entendiendo. No le gustó su actitud.

Como cualquiera de los padres que llevaban a sus hijos hasta las puertas del colegio aquella calurosa mañana que anticipaba la llegada del verano, paró lo suficientemente cerca como para ver a su objetivo descender del autobús en compañía de varios amigos con los que se adentró en un edificio.

Nadie reparó en que él iba solo en el coche.

Cogió el móvil y marcó un número. Al tercer tono contestó la conocida voz de su cliente.

–¿Sí? –Parecía nervioso, expectante.

–El chico ha llegado –informó con su característica voz radiofónica, y un segundo después cortó la comunicación.

–De acuerdo –su interlocutor se sintió estúpido hablando, consciente de que ya nadie le escuchaba.

En el fondo, el sicario sabía que no iba a aguantar mucho tiempo con aquel encargo. Era un hombre de acción y sus músculos acabarían anquilosándose tras tantas horas sentado ante el volante de su coche. El dinero que recibiría al día siguiente, adelantado de la próxima semana de trabajo, le haría reconsiderar su futuro más cercano.

Localizó una emisora de música clásica.

Mozart.

Le relajó.

De vuelta a su casa, tras despedirse de su hijo en el interior del autobús, Raquel Etxeandia, ensimismada en sus pensamientos, se felicitaba por disponer de toda la mañana para descansar. La semana, plena de papeleos, había sido agotadora y, aunque Endika no era muy revoltoso, necesitaba esas horas de tranquilidad. Confiaba en no sufrir ninguna visita de su mayor preocupación. Desde que ella había regresado de Londres, casi tres meses antes, el malnacido de Javier la asediaba, como una sanguijuela que hubiera olido la sangre. Se le revolvían las tripas cada vez que lo veía.

Lo primero de todo, prepararía un buen desayuno y daría cuenta de él leyendo la prensa digital. A continuación, con toda probabilidad, se tumbaría en el mueble preferido de la casa, el diván Le Corbusier, a ver el último éxito de Antonio Banderas en Hollywood, *La leyenda del Zorro*.

–Buenos días, vecina.

La voz la sobresaltó y cuando levantó la vista del suelo reconoció a Néstor Herrero, que vivía con su mujer en una casa situada en una de las parcelas de terreno colindantes con la suya. Iba vestido con un chándal de la marca Adidas, a juego con el

último y más caro modelo de zapatillas de deporte. Ya le había visto corriendo por los alrededores en varias ocasiones. Desde el día que le conoció, un par de meses atrás, le recordaba al actor australiano Hugh Jackman, dueño de un físico espectacular y guapo con avaricia. Con una altura de casi dos metros, cuajado de músculos bien definidos, no exagerados, parecía un deportista profesional. Elsa, su mujer, estaría orgullosa de tener en casa a semejante semental, que ahora permanecía detenido ante ella esbozando una sonrisa irresistible, similar también a la de Jackman.

–Lo siento, no te había visto. ¿Qué, vas a correr un poco? –acababa de agotar el cupo de preguntas tontas que se permitía para cada día y el rubor de la vergüenza sonrosó sus mejillas.

–¿Cómo lo has adivinado? –con gesto divertido, él hurgó en la herida recién abierta–. Tranquila, es broma. Ya veo que te he pillado aún algo dormida. ¿Vas a tu casa?

–Tú también has acertado, vecino –comenzó una reconfortante venganza–, estaba dudando entre acercarme a una discoteca o mojar un par de tostadas con mermelada en una gran taza de café con leche y me he decidido por esto último. –Vivían en una lujosa urbanización residencial sin ninguna cafetería cerca.

–*Touché* –reconoció–. El caso es que necesito que me hagas un favor.

–Tú dirás. –*Pídeme lo que quieras*, pensó con picardía.

–Elsa se marchó hace una hora, tenía que solucionar varios asuntos en Bilbao y no volverá hasta la hora de comer. Justo al cerrar la puerta de casa, me he dado cuenta de que me he dejado las llaves dentro. A media mañana he quedado con un cliente en su empresa. Pero como tampoco he cogido el móvil, no puedo llamarle para avisarle de que lo dejamos para el lunes.

–¿Trabajas también los sábados?

–¡Qué va!, lo que ocurre es que este es un pesado que paga mucho dinero por mis servicios y me veo obligado a atenderle. Pero será otro día, hoy no va a poder ser.

–Toma, aquí tienes el mío –dijo Raquel extendiendo el brazo con su móvil en la mano.

–Es que no tengo su número de teléfono. Por eso había pensado en buscarlo en el ordenador de tu casa, le llamo y luego te dejo tranquila. –De nuevo una de sus sonrisas irresistibles.

–Mira que eres calamidad, ¡anda, vamos!

En pocos minutos llegaron a la entrada de la casa, una de las más suntuosas de los alrededores. Dos poderosas columnas de hormigón revestidas de piedra natural sostenían una estructura de madera de roble a dos aguas cubierta por tejas árabes. Entre ambas, tres puertas ciegas de hierro; dos de ellas, para los coches, enormes, accionadas por control remoto, y en el lateral derecho una pequeña, dotada de vídeo portero, específica para el paso de personas. Quienes traspasaban cualquiera de ellas recibían una gran sorpresa una vez dentro. La parcela de terreno era inmensa, con grandes árboles que flanqueaban un amplio camino de grava que apuntaba derecho a una casa caracterizada, doscientos metros más allá, por los cubos típicos de la arquitectura moderna. A su alrededor, un tapiz de césped lo cubría todo, sin flores, sin setos, sin románticos cenadores ni pérgolas, solo el verdor de la hierba. El minimalismo aplicado a la jardinería.

–Hoy también va a hacer un bochorno tremendo, como ayer. –Al final del sendero, al lado de la puerta principal de la casa, colgaba de la fachada un termómetro decorativo muy original. Raquel se acercó a comprobar la temperatura que marcaba–. ¡Caramba, son las nueve y veinte y ya tenemos veintidós grados!

Ni te imaginas el calor que vas a tener dentro de un rato, pensó él mientras ella buscaba entre el manojito de llaves la que necesitaba en ese momento.

–Pasa –invitó–, voy a encender el ordenador.

A Néstor le encantaba el diseño interior, su decoración, los muebles, materiales y colores utilizados. Las veces que había estado allí se contaban con los dedos de una mano, por lo que todavía descubría detalles inadvertidos. Se dirigió a la cocina a beber agua. Abrió varios armarios antes de encontrar los vasos.

–¿No prefieres un zumo o un café? –ofreció ella a sus espaldas.

–No, gracias. Ya desayuné. Siempre lo hago una hora antes de salir a correr. Solo tengo algo de sed.

–Como quieras. El ordenador está ya encendido. En la misma mesa tienes el teléfono para que llames a tu cliente.

Élapuró el contenido del vaso en varios tragos. Los nervios empezaban a aflorar. Contaba con ello. Siempre que bebía de golpe cuando hacía calor, comenzaba a sudar sin poder controlarlo. Se pasó la mano por la frente y se la secó en el pantalón.

Llegó al despacho de su vecina y se sentó delante del Mac. Por suerte estaba de frente a la puerta de entrada, por lo que podía controlar si ella se acercaba. Adecuó su mano a la ergonomía del ratón de la manzana mordida y abrió internet para hacer tiempo. La pantalla de búsqueda de Google pareció preguntarle qué quería consultar y al principio no supo qué responder. Habitualmente, en su casa, antes de salir, ya habría visitado las páginas habituales, pero era un día tan especial que la rutina se había visto trastocada por completo. Una de las mentiras que había contado a su vecina es que había desayunado. Ni siquiera le había dado un sorbo al café.

Tecléo con velocidad “E-L-P-A-I-S” y pinchó el enlace correspondiente al periódico. Cándido Méndez reelegido como secretario general de UGT para un cuarto mandato. *A ver si es el último*, rogó para sí. Decenas de miles de personas en Madrid contra la negociación de Rodríguez Zapatero con ETA. Al fondo oía los ruidos típicos de una cocina cuando se prepara un desayuno. El aroma del café recién hecho penetró sin permiso en la estancia. No le importó, era uno de sus preferidos.

–¿De verdad que no quieres comer nada? –escuchó a lo lejos–. Tengo unas galletas de mantequilla riquísimas.

–No, gracias. Si no, te lo diría, créeme –gritó.

–Tú te lo pierdes..., ¿encuentras su número?

–Estoy en ello.

Entonces sonó su teléfono móvil provocándole un respingo similar al que siempre le producía la explosión de un petardo

cuando, a pesar de saber que lo iba a hacer, acababa estallando. ¡Mierda! ¡Cómo no me he dado cuenta de ponerlo en silencio! Hurgó con precipitación en los bolsillos del chándal y los dos primeros tonos de llamada quedaron mitigados en su interior. No pudo evitar que el tercero se escuchara con claridad antes de pulsar la tecla.

–¿Sí? –contestó en un susurro.

–El chico ha llegado.

Ya no había marcha atrás.

–De acuerdo... –Pero ya habían colgado.

Raquel apareció en la entrada con una cucharilla en la mano y un gesto de sorpresa e incredulidad en el semblante.

–¿No me dijiste que te habías dejado el móvil en casa?

–Te mentí –el tono de Néstor ya no era el mismo, su mirada franca había mudado, ni rastro de su encantadora sonrisa. Se levantó como a cámara lenta.

–Me estás asustando –confesó ella con voz trémula–. No entiendo nada. ¿A qué has venido? ¿Con quién hablabas?

–Estás haciendo demasiadas preguntas. Cálmate, todo a su debido tiempo.

–¿Cómo quieres que me calme? –se apreciaba el inicio de un cierto histerismo–. Vete, por favor. Creo que no ha sido buena idea...

–No pienso marcharme –la interrumpió al mismo tiempo que rodeaba la mesa. Ahora su corpulencia se le antojaba amenazante y se asustó por primera vez, había dejado de atraerle–. No hasta que termine lo que he venido a hacer.

–¡No te acerques! –Él no contestó. Se dirigió a un sofá y se sentó–. Vete o llamo a la policía –insistió la mujer.

–No te lo aconsejo. Siéntate conmigo y hablemos.

De repente ella salió corriendo. Al poco rato volvió a aparecer en el vano de la puerta con un cuchillo en una mano y el móvil en la otra.

–Te lo digo por última vez: o te marchas o llamo a la policía –no podía suponer que las siguientes palabras que iba a escuchar la desarmarían por completo.

–¿Qué estarías dispuesta a hacer por tu hijo?

La pregunta la dejó helada. A pesar de que el calor iba en aumento poco a poco, un escalofrío recorrió todo su cuerpo como si un carámbano penetrara en su columna vertebral. ¿Por qué hablaba de Endika? ¿Qué demonios significaba todo aquello? ¿Y si ese hombre estaba loco de remate? A fin de cuentas, era casi un desconocido. *Seguro que detrás de todo esto está el hijo de puta de Javier.*

–¿De qué demonios va todo esto?

Néstor se levantó y se bajó la cremallera de la parte superior del chándal. Debajo llevaba una fina bandolera. La abrió sin dejar de mirarla y sacó lo que parecían fotos. Las depositó con sumo cuidado sobre el cristal de la mesa de centro más cercana.

–Lo cierto es que no lo había planeado así. Vamos a empezar por el final. Esto provocará que tu sufrimiento tenga un sentido para ti. Me habría gustado privarte de esa válvula de escape. Pero tuviste que oír el maldito teléfono. Acércate –sugirió–, son tuyas.

Raquel no pudo dar un solo paso. Estaba atenazada. El miedo empezaba a extenderse por sus venas, notaba el corazón en su pecho a punto de salir corriendo; cuando cogió el cuchillo en la cocina se sintió intimidadora y con cierta capacidad de convicción, ahora le parecía que se lo habían cambiado por un peluche, incapaz de amedrentar a nadie, y menos al gigante que tenía enfrente.

–¡Muévete de una vez! –vociferó él–, ¡no tengo todo el día!

Ella lanzó un grito de terror y el sobresalto tuvo, al menos, la capacidad de provocar varias órdenes de su cerebro. Consiguió moverse y se acercó a coger las fotos. Estaban del revés y, cuando les dio la vuelta, el tiempo se detuvo. El denominador común de todas era su hijo. Saliendo de casa con ella, llegando a clase en el autobús escolar, jugando con amigos en el parque, al comienzo y al final de sus actividades extraescolares... Sin darse cuenta, estaba llorando y solo fue consciente cuando una lágrima salpicó una de las instantáneas. No podía creer que aquello estuviera sucediendo, a pesar de que las evidencias que tenía en sus crispadas

manos suponían una certeza que le había caído encima como una losa. No supo de dónde consiguió extraer el coraje suficiente para enfrentarse a él.

–Como le hagas daño a Endika... –apretó los dientes calibrando los posibles finales de la frase, no llegó a concluirla.

–No pienso hacerle nada malo a tu hijo –realizó una pausa para comprobar el efecto de sus palabras y al intuir un atisbo de alivio asestó el golpe definitivo–, si tú no te saltas las reglas. Tengo una persona vigilándole a todas horas que lo hará por mí si se lo ordeno. Escúchame bien porque no voy a repetirlo. Si llamas a la policía, será ejecutado. Si le cuentas a alguien lo que va a pasar a partir de hoy, si me ocurre cualquier cosa, tu hijo morirá. ¿Lo entiendes? –Raquel tenía la vista fija en Endika y nada indicaba que estuviera escuchando–. ¡Mírame, maldita sea! ¡Respóndeme de una jodida vez! ¿Lo entiendes?

–Sí –respondió con un hilo de voz.

Néstor se acercó a su presa, que aún no sabía que lo era, le arrebató el móvil y el cuchillo y los lanzó lejos. Tenía decidido con antelación que permitiría que conservara las fotos para que le sirvieran de recordatorio y no cometiera ninguna locura.

–Solo tienes dos misiones en tu vida. Hacer lo que yo te diga sin rechistar y proteger a tu hijo para que no le pase nada. Si lo piensas bien, las dos se resumen en una sola. Soportar sin una queja todo el dolor que me apetezca ocasionarte.

Esperó a que ella levantara la cabeza, mostrándole una derrota total en su mirada, para hacer lo que deseaba desde hacía ya unos días. El primer puñetazo fue en el estómago. Dosificó bien la fuerza, no debía dejarle señales visibles, tampoco quería matarla, no todavía. Las fotos se le escurrieron, volaron en todas direcciones, incapaz de retenerlas por la violencia y la sorpresa del golpe. Raquel cayó al suelo de rodillas, abrazándose a sí misma, esforzándose por respirar; las lágrimas brotando ahora por un dolor agudo que pronto se convertiría en algo rutinario en su día a día.

Ha sido como me lo imaginaba, pensó él. Tras tantos años de espera, sintió una liberación que parecía sanar profundas heridas.

El agresor miró a su alrededor y reparó en un detalle que no había considerado. Toda la fachada del amplio despacho era de cristal. Debía de poseer algún sistema para privar al exterior de la vista del interior, comenzó a buscarlo y descubrió un interruptor que no parecía de la luz. Entonces se dio cuenta de que no importaba, nadie podía verlos, por lo que aquello se convirtió en un morboso y apetecible aliciente. Le gustó tener la impresión de que no se ocultaba al mundo, de que controlaba a su antojo la situación; la sensación de poder aumentó y supo que nunca sentiría arrepentimiento. Desconocía hasta qué punto aquello iba a poner su vida patas arriba.

Volvió a mirarla y la agarró de los hombros para levantarla. No le costó. Era una mujer de mediana estatura, esbelta, sin un gramo de grasa.

–No me pegues más, por favor –comenzó a suplicar entre gimo-teos–, te daré lo que...

Un nuevo puñetazo ahogó su ofrecimiento. Un poco más fuerte, ya que parecía haberse repuesto muy rápido del primero. Antes de darse cuenta, estaba otra vez encogida; aunque las rodillas no la sostuvieron y todo su cuerpo reposó de costado sobre la alfombra estremeciéndose al ritmo de sus tosidos. Él se agachó a su lado, como un buitres, acercó su rostro al máximo y le susurró con una frialdad metálica.

–Creo que aún no lo has entendido, zorra. No tienes nada que puedas ofrecerme, no quiero nada de ti, ¿me oyes? Nada –alargó cada sílaba para enfatizar su significado–. Solo quiero torturarte, disfrutar con tu agonía. Debes pagar una vieja deuda. Pero no hay dinero en el mundo para saldarla y lo harás con tu dolor.

En ese instante, Raquel descubrió que toda aquella locura no tenía nada que ver con Javier, quien solo ambicionaba dinero.

Los rayos del sol incidían ya sobre la gran cristalera. En vez de rebotar, el calor se colaba intensificando su fuerza, convirtiendo poco a poco la estancia en un horno. El aire acondicionado ya estaría funcionando si no fuera porque la propietaria de la casa no tenía ninguna capacidad, en su situación, para pensar en su existencia.

Él notó cómo rompía a sudar. *Mira por dónde voy a hacer algo de ejercicio.* Volvió a levantarla y comenzó a zarandearla mientras preguntaba si iba a resistirse. La diferencia de tamaño entre los dos era enorme. Iban moviéndose por todo el despacho, en una danza siniestra, chocando con los muebles, derribando objetos, uno empujando y golpeando cualquier parte menos brazos y cara, otra huyendo y suplicando, cada vez con menos fuerza.

Desde siempre, Néstor había gozado de un sinfín de situaciones de poder en las que ejercía un control absoluto. Aun así, la sensación actual le era desconocida y la saboreaba con inusitada delectación. La excitación iba en aumento cuanto mayor vulnerabilidad detectaba en su presa. Por primera vez en su vida tenía la posibilidad de arrebatárselo todo a otro ser humano, suponiendo que él también lo fuera, que dependía por entero de sus deseos. Le satisfacía.

El disfrute era inenarrable.

Pero todavía podía mejorar.

Tampoco lo tenía previsto.

Todo se desencadenó porque a ella se le ocurrió un disparate; en su desvarío pensó que podía enfrentarse a él y aprovechó que la agarraba de la camisa, dejándole libres los brazos, para lanzar un par de arañazos a sus ojos. La bestia tenía los reflejos entrenados, reaccionó retirando la cara y dando un fuerte tirón con el brazo. Solo las uñas de una de sus manos llegaron a impactarle en la mejilla de manera muy superficial. Néstor se palpó y descubrió algo de sangre en los dedos. Lanzó una mirada salvaje y lo que vio le enardeció aún más, aunque de forma diferente. La camisa se había desgarrado por completo. Raquel permanecía quieta, a la expectativa de la respuesta de su torturador. No reparó en ello hasta que detectó la lujuria en sus ojos, se miró a sí misma y vio que estaba casi desnuda. Se tapó como pudo y comprobó con horror que él se acercaba con lentitud. Su tormento no había acabado, ni mucho menos. Sintió cómo separó los brazos de su cuerpo, arrancó los últimos jirones de ropa, la empujó hasta clavar su espalda en la pared. La fuerza con la que agarraba

sus muñecas era brutal, no podía moverse. Cerró los ojos. Sintió cómo se agachaba hacia ella aplastándola, lamiendo y mordiendo sus pechos.

Néstor estaba como loco. Nadie habría podido controlarlo. La agarró y la llevó en volandas a un sofá colocado frente al ventanal. Con fiereza comenzó a despojarla de su pantalón. Tuvo que golpearla ante los últimos esfuerzos de ella por resistirse, de nuevo midiendo muy bien su energía: le excitaba su oposición, no deseaba hacerlo con un cuerpo inerte. Le dio la vuelta y la obligó a inclinarse sobre el respaldo. Arrancó el tanga, se bajó el pantalón sintiendo su miembro duro como el pedernal y la penetró provocando un grito que le espoleó y que nadie más podía oír.

Las embestidas duraron unos minutos eternos para ella y demasiado cortos para él, soliviantado hasta el delirio cuanto más escuchaba los *No, por favor* que ella no cesaba de repetir, incapaz de percibir que producían el efecto contrario al que pretendía.

Se vació dentro. Ni siquiera se planteó no hacerlo. Qué más daba, qué diferencia había. Su silencio estaba garantizado y su intención última era matarla. Por si acaso, al acabar, recogió una foto del suelo y se la colocó al lado para que recordara que debía mantener la boca cerrada.

Estaba empapado en sudor. Había sido mucho mejor que su entrenamiento matutino. *Correr es demasiado aburrido.*

Buscó por la habitación, fue a la cocina, allí estaban las llaves. Las recogió. Se asomó al despacho, Raquel seguía en la misma posición.

–Ni se te ocurra cambiar la cerradura –advirtió.

Se marchó.

Una verdad: no había cogido las llaves de su propia casa.

Una nueva mentira: su mujer no había ido a ningún sitio.

Pulsó el timbre. La puerta se abrió y Elsa apareció ante él.

–Tienes sangre en la cara –observó.

–Me he rozado con unas zarzas. Voy a ducharme.